

Aunque Enrique Lafourcade lo ubicó entre los malos comedores (sólo "sopas de sémola y yogurt") cuando escribió en vuelo de irónico y chispeante humor sobre la glotonería de los escritores (para diferenciarlo, tal vez, de Pablo de Rokha, "el rey de los manducadores" y Pablo Neruda, "el príncipe que amaba la noble cocina criolla sobre todas las cosas"), lo que parece una irreverencia no es más que una broma y Eduardo Anguita -el aludido- no se inmuta. Como alguien bien decía, "no le teme a los olores ni a los comentarios, metafísicos estáis/ es que no como"..., y ha creado una de las más ricas y originales poesías de habla hispana". Hoy es Premio Nacional de Literatura 1988.

Entre sus obras importantes figuran "Poesía entera", "Palabras al oído de México", "Venus en el pudridero", "El poliedro y el mar", "El Anguita" y "La nueva antología de la poesía castellana". Además es autor de innumerables ensayos, como de "Inseguridad del hombre" y de su última obra, recopilación de ensayos publicados sobre diversas materias y reunidos bajo el sugerente nombre de "La belleza de pensar". Otra obra que destaca es su ensayo "Rimbaud Pecador".

Cuando apareció "Venus en el pudridero" -dedicada "a la creatura angélica que me precede no por génesis sino por finalidad"-, los diarios le abrieron sus páginas a críticos y literatos para que hablaran del autor y ahondaran en su misterioso mensaje. "El Mercurio" le dedicó dos páginas completas, y señaló: "su 'Opera Magna', hasta aquí, es esta

Eduardo Anguita en dos palabras

defensa del Amor, y su correspondiente impugnación de Venus".

Esa vez habló Anguita de la división que hace de los poetas chilenos, entre los de rasgos de pesantez y los de gracia: "Hay poetas de una y de otra vertiente. ¿El más pesado? No sé discernir. Hay que nombrar un jurado. Lo que pasa es que a la mayoría, incluso a los jóvenes, les falta locura".

Cuando el periodista le pregunta si se considera maniático, neurótico o paranoico, responde: "Es un tema pasado de moda y falto de interés. Hoy cualquier idiota se cree neurótico". ¿Y cree en el Diablo? "Como Strawinsky, creo literalmente en el Diablo. Lo he visto cuando alguien se enfurece. Les sale un ser desconocido, abisal, incontenible, que se sobrepone a la persona poseída. El odio es inspiración del Diablo".

Su definición de la poesía es escueta: "Número y pasión. Este binomio se lo debo al siquiatra Julio Dittborn cuando hablaba de Beethoven. Otra definición es 'primera vez', porque la poesía es la visión primera que uno tiene de algo. La poesía escrita debería expresar siempre ese instante de 'primera vez'."

¿Qué esperanzas pone en el amor? "Lo he integrado al amor a Dios. Trato de

integrar mi gran amor humano en ese que se piensa que es absoluto y que compendia y engrandece todos los amores". Le cuenta al periodista, siempre al mismo (el largo artículo aparece sin firma), que encontró la belleza: "Si no la hubiera visto no habría podido vivir renunciando a muchas cosas importantes". Y cuando le pregunta sobre sus relaciones con Venus, dice: "Uno en uno; dos en dos; uno en dos; dos en uno. Nadie en todo. Anonadamiento mutuo de la personalidad arrasados ambos por la embriaguez común del torrente vital". Mucho después apareció "La belleza de pensar" (Editorial Universitaria). En 125 crónicas encontramos allí el compendio de sus reflexiones, de su filosofía de vida, su visión de las cosas de este mundo y del otro, del hombre y sus acciones esperadas e inesperadas. En ese volumen cuidadosamente editado están también sus preocupaciones sobre dioses y pensamientos, sobre la novela y la libertad, sobre la comunicación y la música, sobre niños y autores. Esa preocupación que es actual y que resumió, enriquecida, ante un periodista que lo entrevistó, después que se le nombrara Premio Nacional de Literatura 1988, como sigue: "Es una preocupación un poco celestial y lejana que no sabría decir o explicar. Es de otro mundo".



Eduardo Anguita, poeta-filósofo que canta al amor y a la belleza, a lo visible e invisible.